

de haber corregido vuestras estadísticas, arreglemos todavía vuestros argumentos?

Vemos, pues, que el economista que temia hace un momento carecer de pan, tranquilo sobre este punto, empezará á inquietarse por la habitacion. Sí, nos dirá, es preciso poner un término á la poblacion, supuesto que lo tiene el universo. Si la poblacion se dobla cada veinticinco años, en ménos de cinco siglos habrá un millon de miles de millones de hombres en el globo, es decir, ménos de los necesarios para que puestos en pié y tocándose los unos á los otros, llenen la tierra. ¿No sería esta una miseria más intolerable tal vez que la de la desnudez y el hambre?

Economista: yo os detengo. La cuestion que acabais de proponer, muy digna, seguramente, de las meditaciones del filósofo, no está entre la poblacion y la produccion, sino entre la poblacion y el globo. Tomo acta de vuestra retirada, y convengamos ántes de pasar adelante:

Que el trabajo, una vez sintetizados y arreglados todos sus órganos, pone en sí mismo la facultad de multiplicar nuestros medios de existencia en cantidad superior á nuestras necesidades, y por consiguiente, puede aumentar siempre nuestro bienestar, cualquiera que sea por lo demás, el aumento de poblacion;

Que la miseria en el estado de civilizacion, resulta exclusivamente del antagonismo económico, así como en otros tiempos, en el estado salvaje, resultaba de la pereza;

Que no siendo de temer la existencia del pauperismo en una sociedad regular, la única cuestion que hay que resolver, es esta: ¿Cuál es la ley de equilibrio entre la poblacion y el globo?

Estas conclusiones y el problema que las termina, son el acto de prescripcion de la economía política.

§. III.—Principio de equilibrio de la poblacion.

I.

El problema de la poblacion exigiria él sólo dos volúmenes; me falta espacio para tanto, y no puedo, sin engañar al lector, aplazar por más tiempo la solucion. Que se me dispense, pues, si en vez de un libro, me limito á presentar un programa; y ¡ojalá que este ligero ensayo inspire otro más elocuente! Reformista sincero, no pienso en apropiarme la verdad: busco, no discípulos, sino auxiliares.

Como el problema de la poblacion se estableció por los economistas entre los hombres y las subsistencias, la solucion no podia ser dudosa: era la muerte. MATAR ó IMPEDIR LOS NACIMIENTOS, *per fas et nefas*; hé ahí á dónde debia conducirnos la teoría de Malthus; hé ahí cuál debia ser la práctica de las naciones, el antidoto generalmente adoptado y preconizado contra la miseria. Fiel á su principio de propiedad y de arbitrariedad, la economía política debia acabar como toda legislacion fundada en la propiedad y en la autoridad: despues de haber dado su constitucion, despues de haber desarrollado su código y sus fórmulas, le faltaba encontrar su sancion, y se la pidió á la fuerza. La teoría de Malthus es el código penal de la economía política.

Pero... ¿qué dice la economía social, la verdadera ciencia económica? Que todo organismo debe encontrar su equilibrio en sí mismo, sin necesitar, contra la anarquía de sus elementos, prevencion ni repre-

sion. Resolved vuestras contradicciones, nos dice, estableced la proporcion de los valores, buscad la ley del cambio, esa ley que es la justicia misma, y descubriréis el bienestar primero, y despues una ley superior, que será la armonía del globo y de la humanidad...

Hagamos saber, ántes de nada, de qué modo la arbitrariedad económica, en el problema de la poblacion, dió por resultado la corrupcion de la moral.

Partiendo de la hipótesis que no existe ley de proporcion entre los valores, ni organizacion del trabajo, ni principio de reparticion; precisada á decir que la justicia es una palabra, la igualdad una quimera, el bienestar para todo el mundo un sueño paradisíaco cuya realidad no existe en la tierra; conducida, en fin, por sus falsos datos á sostener que el progreso de la riqueza es siempre inferior al de la poblacion, la economía política se vió obligada á recomendar la prudencia en el amor, el aplazamiento del matrimonio y todos los medios preventivos subsidiarios, sopena, añadía, de que la naturaleza misma supla, con una represion terrible, la imprevision del hombre. ¿Y cuáles eran, segun la economía política, estos medios de represion con que nos amenazaba la naturaleza?

En la sociedad propietaria, y en Malthus, que es su intérprete, figuran en primer lugar el *hambre*, la *peste* y la *guerra*, ejecutoras de los altos hechos de la propiedad. ¡Cuántas personas, cristianos y ateos, economistas y filántropos, están convencidos de que tales son, en efecto, los emunctorios naturales de la poblacion! Estos hombres aceptan resignados la justicia sumaria del destino, y adoran en silencio la mano que los hiere. Este es el quietismo de la razon, sosteniendo con su inercia los argumentos del egoismo.

Sin embargo, es evidente que un equilibrio creado por causas semejantes, revela una profunda anomalía en la sociedad; y este es, precisamente, el punto que nos interesa. ¿Cómo y por qué la razon se resiste á aceptar el hambre, la guerra y la peste, como causas normales, naturales y providenciales de equilibrio? Dignese el lector reflexionar con nosotros un minuto nada más sobre cosas tan claras al parecer, porque la certidumbre de la teoría que hemos de exponer depende de ellas.

Si, en efecto, la sociedad es un sér organizado en el cual la vida resulta del juego libre y armónico de los órganos, sin el auxilio de ninguna impulsión ni repulsión externa, se deduce que la escasez, las epidemias y la mortandad que de tiempo en tiempo diezma la poblacion, léjos de ser instrumentos de equilibrio, son, por el contrario, los síntomas de una desarmonía interior y de una perturbacion en la economía. El hambre y el atascamiento son para la sociedad, lo que la consuncion y la plétora para el cuerpo humano; y el término *obstáculos* de que se sirvió Malthus para caracterizar estos fenómenos, revela la falsa idea que se habia hecho de lo que es organismo, economía y sistema.

Pues bien: lo que decimos del hambre y de los demás pretendidos medios de represion de la naturaleza, debe aplicarse á todos los análogos, por los cuales el hombre se esfuerza en ayudar á la Providencia en esta obra de destruccion: *la exposicion de los niños*, usada en todos los pueblos de la antigüedad y recomendada por muchos filósofos; el *aborto* y la *contraccion*, consagradas en otro tiempo por la religion y las costumbres, y que reina todavía en Oriente y entre todos los bárbaros. Estas costumbres, como las calamidades que parecen haberles servido de modelos, no son más que testimonios de la anar-

quía económica: el sentido comun y la lógica repugnan ver en ellos instrumentos de la policía eterna, medios de equilibrio, en fin.

Establecidos estos principios, fácil es apreciar el mérito de los diversos sistemas de seguridad imaginados en estos últimos tiempos contra el exceso de poblacion y la falta de víveres, y por ellos determinar, de una manera más precisa todavía, el carácter específico de la ley que buscamos.

Empiezo por Malthus.

Habiendo éste analizado las causas naturales que, en su concepto, previenen ó reprimen el exceso de poblacion, y viendo que de todas estas causas, atroces las unas é inmorales las otras, ninguna podia atribuirse á la Providencia, ni la razon podia aceptarlas tampoco, apeló de esta incapacidad, ó de esta violencia inconcebible de la naturaleza, al libre arbitrio del hombre: pretendió probar que estaba en la dignidad y en el destino de nuestra especie servirse á sí misma de Providencia, y que al hombre pertenecia el cuidado de encerrar dentro de ciertos límites su progenitura. El aplazamiento del matrimonio hasta los treinta ó cuarenta años: hé ahí lo que Malthus, en el candor de su alma, creyó más útil, más filosófico y más moral contra la poblacion y sus desbordamientos. La represion del amor, el hambre del corazon, opuesta al hambre del estómago. Esto es lo que, en su casto lenguaje, calificó de *restriccion moral*, por oposicion á todas las formas de *restriccion física*, homicidas ú obscenas, que rechazaba.

Las ideas de Malthus fueron aceptadas por los más ilustres economistas, J. B. Say, MM. Rossi, Droz, y todos los que, no viendo salida á la dificultad, colocaban el heroismo de la continencia por encima de los trasportes de la voluptuosidad. En el fondo, no puede ménos de convenirse en que la teoría de Mal-

thus tiene algo de grande y elevado que la hace superior á todo lo que despues se propuso, como lo haremos ver más adelante. Por ahora, tenemos que determinar, ante todo, el lado flaco de esta teoría.

En primer lugar, su defecto capital consiste en ser una *restriccion*, pues el nombre solamente hace ver su contradiccion. La naturaleza solicita al hombre para una cosa, y la sociedad le ordena otra: si cedo al amor, me veo amenazado por la miseria; si resisto al amor, no soy ménos miserable: toda la diferencia está en lo físico y lo moral; á donde quiera que vuelva los ojos, no veo más que desolacion y agonía. ¿Es este un equilibrio?

Por otra parte, el remedio que propone Malthus es una verdadera acusacion contra la Providencia, un acto de desconfianza en la naturaleza; y me admirá que los economistas cristianos no se hayan fijado en ello. Aquí no se trata solamente de los placeres ilegítimos que la religion y la sociedad reprueban, sino de las uniones permitidas; ¿qué digo? se trata de una cosa que todos los moralistas consideran como la más segura garantía de las buenas costumbres; se trata del matrimonio de los jóvenes. En adelante, con la teoría de Malthus, el matrimonio sólo existirá para las señoritas anticuadas y para los viejos sátiros. ¿Qué importa, con estas nupcias ácidas, sentir á los veinte años las dulces emociones del amor, si no se puede ceder al impulso de la naturaleza sino cuando ya el fuego se extinguió? ¡Y qué teoría la que, por un resultado tan triste, establece en principio la necesidad de corregir las obras de Dios con la prudencia del hombre!

Por último, el remedio de Malthus es impracticable é impotente. Es impracticable de hecho y de derecho, supuesto que, por un lado, no se pueden transportar los períodos de la vida humana, de modo

que la juventud languidezca y la vejez rejuvenezca; y por el otro, bajo el régimen de la propiedad, la teoría de Malthus conduce directamente á convertir el matrimonio en un privilegio de la fortuna. Es impotente, porque si la miseria tiene por causa inmediata, no el exceso de poblacion como se cree, sino los descuentos del monopolio, la miseria, bajo un régimen como el nuestro, no dejará nunca de producirse, ya la poblacion aumente, ya disminuya. La prueba de esta verdad se encuentra en cada una de las páginas de este libro, y me parece inútil insistir en ella.

Las contradicciones de la teoría de Malthus, confusamente percibidas, pero vivamente sentidas, produjeron un desencadenamiento general. Los motivos de los impugnadores no fueron siempre juiciosos, y ménos todavía puros, como lo haremos ver; pero la economía política no tuvo de qué quejarse, tanto más, cuanto que acabó por aceptar la solidaridad de las torpezas que el *Principio de poblacion* debía abolir, y cuya recrudescencia provocó.

Por una transicion inevitable, que cualquiera otro que no fuese Malthus habria previsto, la restriccion *moral* no tardó en convertirse, bajo la pluma y en la intencion de los malthusianos más decididos, en una restriccion puramente *física*, muy poco onerosa para el placer, y que sólo podria disgustar al pudor. « *No está demostrado*, dice con este motivo el último editor de Malthus, *que esta variedad de abstinencia que previene la MISERIA* (leed la poblacion), *sin desconocer las leyes de la FISIOLÓGIA* (leed del placer), *sea INMORAL.* » El público, que no sutaliza cuando se trata del amor, entendió en este sentido la teoría de Malthus, por más que el ilustre escritor haya protestado siempre contra esta interpretacion de su doctrina.

Y en efecto, ¿podian decirle qué es la moral, y qué es la inmoralidad? ¿Cómo lo que es moral en la soledad puede ser inmoral en un beso? El hombre es uno, aunque la lengua de los filósofos haya hecho de él una doble abstraccion, el cuerpo y el alma. Que se abstenga, pues, mental ó físicamente de procrear; ¿qué importa si hay abstinencia y se verifica á tiempo? Hágase lo que se quiera, lo moral está siempre en lo físico, y lo físico en lo moral: una sola cosa es esencial en todo esto, y es el no hacer hijos. *¡Turbaris ergo plurima, porro unum est necessarium!*

Restriccion moral, restriccion física: hé ahí, pues, con respecto á las causas del pauperismo y á sus remedios, todo lo que supieron decirnos en el siglo XIX la ciencia de los economistas, la moral de los eclécticos y la filosofía de los pudorosos universitarios, cuyo solo nombre de Loyola hace murmurar á la religion y avergüenza á la virtud! Despues de haber censurado el celibato de los sacerdotes y la virginidad cristiana, acusándoles de ultraje á la naturaleza y á la moral, estos hipócritas, que no se atreven á estimular el matrimonio ni á recomendar la continencia, predicán á los amantes y á los esposos la restriccion... moral! ¡Y áun declaman contra los jesuitas! Ocultos, Sanchez, Lemos, Escobar, Busenbaum, y tú, bienaventurado Ligurio, que no conociste el vicio sino para reprimirlo y castigarlo: la economía política os oscureció á todos. En otro tiempo, nuestros padres cristianos depositaban en sus dormitorios ramos benditos, invocaban ante las santas imágenes la misericordia del Ser Supremo contra el incendio, el granizo, la escasez y la mortalidad; yo he recitado en mi infancia estas oraciones de familia; yo he visto en todas partes, entre los paisanos, la imagen del Cristo colgada sobre el lecho de los esposos, y este era el recurso de un pueblo ig-

norante y fanático contra las calamidades del cielo y de la tierra. El tiempo corrió; la razón se emancipó; descubrimos que la causa de la miseria era la excesiva producción de hombres, y en vez de estos juguetes de la superstición que rodeaban á la joven esposa, y que debían herir sus ojos y llenar su corazón durante el resto de su vida, en lo sucesivo el municipal le ofrecerá, como símbolo del deber doméstico, el instrumento preservativo que sólo tiene nombre en economía política y en la jerga de las casas de tolerancia!... ¡Infamia!

Raciocinemos, sin embargo; raciocinemos todavía, aunque la impureza nos cubra hasta los cabellos. Buscando el ilustre Lavoissier un remedio para la asfixia que acomete en los fosos de las grandes ciudades, el pobre pocero se impuso los más horrosos disgustos.

Si es cierto que la restricción moral súbitamente convertida en restricción física, y resolviendo á su manera el problema de la población, es de una práctica tan útil á las personas casadas, esta utilidad no será menor para las libres. Luego (este es el lado inmoral de la cosa, no previsto por los economistas), siendo el placer buscado y deseado por sí mismo, sin la consecuencia de la progeneración, el matrimonio se convierte en una institución supérflua; la vida de los jóvenes se pasa en una fornicación estéril; la familia se extingue, y con la familia la propiedad; el movimiento económico permanece sin solución, y la sociedad vuelve al estado bárbaro. Malthus y los economistas morales hacían el matrimonio inaccesible; los economistas físicos lo hacen inútil; los unos y los otros añaden á la falta de pan la falta de afecciones, provocan la disolución social; y hé ahí á lo que se llama prevenir el pauperismo; hé ahí lo que se entiende por represión de la miseria. ¡Pro-

fundos moralistas! ¡Profundos políticos! ¡Profundos filántropos!

Ante esta revelación inesperada, ante este singular comentario de la teoría de Malthus, la opinión se sublevó con más energía que ántes. Los moralistas se expresaron con repugnancia sobre la red que se había tendido á su buena fé, los socialistas vieron que el medio propuesto contra el principio de Malthus era ilusorio, y... todo ó nada, exclamaron. La restricción física no es más que una miserable decepción, un compromiso sin seguridad, una contravención á la *fisiología*, un ultraje al amor. Y en oposición al justo-medio económico, el socialismo empezó á producir sus utopías.

1.º *Sistema de Fourier*. Esterilidad artificial ó por gordura.

Este sistema, que la ciencia no se dignó honrar con una de sus miradas, presenta una petición de principio tan chocante, que podría hacernos creer que era una burla del autor, si no supiésemos cuán formalmente tomaba sus arranques. ¿De qué se trata? De aumentar las subsistencias, cuya insuficiencia relativa, según Fourier, discípulo en esto de Malthus, engendra la miseria. Doblado y cuadruplicado el consumo, responde Fourier: ese es el medio infalible de evitar el exceso de fecundidad y de no morir de hambre. Vosotros no podéis vivir con dos comidas, nos dice este grande hombre; pues haced siete, y estareis satisfechos.

Como se vé, esto es, precisamente, lo que pide el economista; pero el medio de doblar y cuadruplicar el consumo, el medio de dar lujo cuando se carece de lo necesario, ¿en dónde está? Aquí Fourier presenta la serie de grupos contrastados que, según su cálculo, debe cuadruplicar el producto inmediatamente; pero nadie ignora hoy que Fourier no supo

nunca una palabra de las cosas sobre que escribió; no tiene noción alguna del valor; no posee una teoría de la repartición ni una ley del cambio; no resolvió ninguna de las contradicciones de la economía política; ni siquiera vislumbró el sentido de estas contradicciones; no vió que las causas de la miseria venían todas de la preponderancia del capital y de la subordinación del trabajo: lejos de eso, consagra en su fórmula, *Capital, trabajo, talento*, esta preponderancia y esta subordinación; él y su escuela obraron siempre con arreglo á este dato contradictorio, cuando en vez de buscar la emancipación del trabajador en la síntesis de las antinomias, en un principio superior al capital y á la propiedad, no cesaron de implorar la subvención del capital y el favor del poder. Fourier, como Malthus, desconoció la naturaleza del problema que tenía que resolver, supuesto que, en vez de establecerlo entre la humanidad y el globo, lo puso entre la población y las subsistencias. En cuanto al *producto cuádruple*, he demostrado anteriormente por la teoría del progreso de la riqueza, que éste es uno de esos mil contrasentidos que pululan en los escritos de la escuela falansteriana, una hojarasca cuya refutación avergonzaria á la crítica. Pero hay una censura más grave que dirigir á la solución fourierista del problema de la población, y es su espíritu de inmoralidad, su tendencia desorganizadora y antisocial. Yo no examino si el método de *engordamiento*, que no es, en mi concepto, más que la generalización de un caso patológico, tendría la eficacia que se la supone: la fisiología no es de mi resorte, y admito la hipótesis.

Investigando en el capítulo XI cuál era la misión y el destino de la propiedad, hemos descubierto que su rasgo distintivo y característico era la organización de la familia. El fourierismo se presenta como

defensor de la propiedad: pues bien; no sólo el fourierismo desconoce por completo las causas y el objeto de la propiedad, sino que los niega y quiere abolirlos. El fourierismo es la negación del hogar doméstico, elemento orgánico de la propiedad; es la negación de la familia, alma de la propiedad; y es la negación del matrimonio, imagen de la propiedad transfigurada. ¿Y por qué el fourierismo quiere abolir todas estas cosas? Porque no admite el lado negativo de la propiedad; porque en vez de la posesión normal y santa, manifestada por el matrimonio y la familia, busca con todas sus fuerzas la PROSTITUCION INTEGRAL. Este es todo el secreto de la solución que el fourierismo dá al problema de la población. Está probado, dice Fourier, que las mujeres públicas no son madres una vez por millon; al contrario, la vida de familia, los cuidados domésticos, la castidad conyugal, favorecen muchísimo la progenitura. Luego el equilibrio de la población se restablecerá si, en vez de reunirnos por pares y favorecer la fecundidad por medio de la exclusión, nos prostituimos. Amor libre y amor estéril es una misma cosa. ¿A qué viene, pues, el hogar doméstico, la monogamia y la familia? ¡Convertir el trabajo en una intriga y el amor en una gimnástica! ¡Qué sueño el del falansterio!

El socialismo, como la economía política, encontró en el problema de la población la muerte y la ignominia á la vez. El trabajo y el pudor son palabras que queman los labios de los hipócritas de la utopía, y que sólo sirven para ocultar á los ojos de los simples la abyección de las doctrinas. Yo no sé hasta qué punto los apóstoles de estas sectas tendrán conciencia de sus torpezas; pero no consentiré jamás en descargar á un hombre de la responsabilidad de sus palabras, como no consentiría en salvarle de la de sus actos.

2.º *Sistema del doctor G...* Extracción del feto ó eradicación de los gérmenes.

Este procedimiento consiste en arrancar de la matriz, por medio de un aparato *ad hoc*, los gérmenes y embriones que se hayan implantado contra la voluntad de los esposos. En una memoria detallada, cuyo manuscrito he leído, el doctor G... prueba con razonamientos deducidos de la filosofía y de la economía política, que *el hombre tiene el derecho y el deber de limitar su progenitura*, y que si alguna duda puede ocurrir en esto, será respecto al modo, pero no sobre el principio.

Si, fundándome en la falta de recursos, dice el doctor G..., tengo el derecho de perseverar en mi condicion de célibe, como pretende Malthus, por la misma razon le tengo tambien, si soy casado, para volver al celibato absteniéndome de todo contacto con mi mujer, como lo aprueba la Iglesia y todos los economistas, incluso Malthus.

Si esta abstinencia sólo tiene mérito en sí porque previene la generacion y la miseria, sin que yo deje de pagar el débito á mi esposa, puede bastar una retirada que prevenga la concepcion, como lo reconocen los partidarios de la restriccion física, y como lo demuestra la lógica.

Pero... ¿qué es la concepcion en sí misma? El paso de un animalillo espermático del órgano macho, en donde se forma, al órgano hembra en donde se desarrolla. Que yo detenga el desarrollo de este animalillo *después* ó *antes* de su introduccion en la matriz, siempre es el mismo crimen, si el celibato es un crimen; la misma accion indiferente, si el celibato es inocente. Tengo, pues, el derecho y el deber de reprimir y de prevenir la concepcion, si la concepcion me perjudica.

Si esto es así, el poder que tengo sobre mi proge-

nitura en el acto de la concepcion, lo conservo en el instante que sigue, al dia siguiente y un mes después, porque pudo suceder muy bien que yo no tuviese conocimiento del hecho en el momento en que el fenómeno se realizaba, á pesar de querer evitarlo: luego el retraso en la represion no puede prescribir contra mí derecho en favor de un embrion.

Dejo al lector el cuidado de continuar este razonamiento.

El sistema del doctor G..., hombre honrado y tan buen lógico como hombre de mundo, lo están siguiendo clandestinamente en París muchos cirujanos, que lo convirtieron en una especialidad y que hacen rápidas fortunas. El puñal de estos asesinos busca el feto en el fondo de la matriz; muerto el embrion ó separado de su pedúnculo, la naturaleza arroja por sí misma el fruto muerto, y esto se llama en lenguaje económico *prevenir el exceso de poblacion*, y en estilo periodístico *ocultar una falta*. En provincias existen médicos y comadronas que comercian con los abortivos, siguiendo así el principio de elevada economía que nos dice: es un crimen dar la vida á seres desgraciados, y una obligacion de conciencia limitar el número de nuestros hijos. Y la policía, más malthusiana que Malthus; la policía, que sabe descubrir una reunion de veinte obreros que tratan una cuestion de salarios, cierra los ojos ante estos infanticidios, en los cuales el jurado, no ménos ilustrado que la policía sobre el principio de poblacion, descubre una multitud de circunstancias atenuantes.

El sistema del doctor G... es el complemento obligado de la restriccion moral y física de los economistas, como de la esterilidad erótico-báquica del falansterio. Todas estas doctrinas, último esfuerzo de un sensualismo desesperado, son conexas y so-

lidarias; parten del mismo prejuicio, el crecimiento de poblacion más rápido en una sociedad regular que el de las subsistencias. En cuanto á los resultados, son invariablemente los mismos: aumento de miseria, de vicio y de crimen; disolucion del lazo familiar, retrogradacion del movimiento económico, proscripcion obligada de los pobres, de los huérfanos, de los ancianos y de todas las bocas inútiles; justificacion del asesinato, y anatema contra la fraternidad y la justicia.

3.º *Sistema de las interrupciones.* Entiendo por esto una precaucion muy simple, aunque sobre su eficacia se presentan muchas dudas. Consiste ésta en abstenerse del comercio amoroso durante los ocho ó quince dias que preceden y siguen al flujo menstrual, porque se dice que la mujer es naturalmente estéril fuera del tiempo de las reglas.

Este género de abstinencia entra de lleno en el gusto del *physical restraint*; pero ignoro hasta qué punto la fisiología y la experiencia confirman la utilidad de este método, del cual sólo debo ocuparme desde el punto de vista económico.

Digo, pues, que los efectos de semejante práctica serian, respecto á la sociedad, tan funestos, y respecto á la miseria, tan ineficaces como los de los anteriores. Con este medio fácil de gozar sin pagar y de pecar sin ser sorprendido, el pudor no es más que una necia é incómoda preocupacion, y el matrimonio un convenio perjudicial é inútil. El respeto á las familias no existiría; chicos y chicas, iniciados desde la infancia en el dulce misterio, perderian bien pronto la fuerza de alma y la dignidad del carácter; costumbres desconocidas y peores que las de los aitaitianos, se establecerian en la sociedad civilizada; el trabajo desaparecería ante la especulacion, y la miseria, contra la cual todos creerian

encontrar un refugio en el celibato libidinoso, la miseria, sostenida por el monopolio, la usura, la division parcelaria, la desigualdad de las funciones y de las aptitudes, vengaria de nuevo á la naturaleza por la despoblacion del suelo, la esterilidad de los capitales y la degradacion de las razas. La verdad social no puede encontrarse ahí: ¿tendremos necesidad de profundizar más?

4.º *Sistema de la lactancia trienal* (1).

El autor de este sistema empieza por rechazar las teorías absurdas, inmorales y bárbaras de poligamia, poliandria, amor unisexual, abortos, etc. etc., que hemos enumerado en parte. Condena con la ley romana, *Accipere aut tueri conceptum est maximum ac præcipuum munus feminarum*, todo obstáculo á la concepcion, y rinde homenaje al precepto del Génesis: *creced y multiplicaos; llenad la tierra.* Despues, estableciendo en principio que el aumento posible de la poblacion no es el natural; considerando, además, que Dios destinó un solo hombre para una sola mujer, y *vice versa*, una sola mujer para un solo hombre, lo cual, á sus ojos, constituye ya una primera y grande restriccion, se entretiene en demostrar con una multitud de autoridades y de hechos: 1.º Que la vida humana se divide en cierto número de períodos determinados, como son el de gestacion, el de la lactancia, el de crecimiento, el de fecundidad y el de la vejez; 2.º que entre estos períodos, el de la lactancia comprende tres años, durante los cuales existe en la mujer que cria esterilidad natural por el antagonismo de los pechos y del útero. Por último, termina afirmando que, si

(1) *Solucion al problema de la poblacion y de las subsistencias*, por C. LOUDON. París, 1842.



toda mujer, casada á los veinte años cumplidos, lactase á sus hijos durante tres años, la poblacion, en vez de aumentar, tenderia más bien á disminuir y á extinguirse.

Esta obra, de una inmensa erudicion, y que fué citada con justos elogios en la *Revista social* de P. Leroux, respira una moral pura, una filosofía elevada y un amor profundo hácia el pueblo; pero lo que constituye su mérito, en nuestro concepto, es la idea que tuvo el autor de buscar los límites de la procreacion en la procreacion misma, realizada con arreglo á sus leyes y en sus períodos naturales.

Nada es más fácil, en efecto, que acelerar la reproduccion de los hombres, sea anticipando la edad moral del matrimonio, sea abreviando las fatigas de la lactancia; y nada es más fácil tambien que restringirla, sea por medio del asesinato, el infanticidio ó el aborto, sea por la castracion y la corrupcion. Pero aquí no se trata de sobreexcitar ni de restringir la fecundidad: nosotros deseamos saber si la naturaleza, no estando contrariada por nuestros errores, atiende al bienestar de nuestra especie, y si está de acuerdo consigo misma. Ahora bien, dice el doctor Loudon, si se prueba por un lado que el período natural de la lactancia es de tres años, y por el otro que hay antipatía entre las funciones de los pechos y las del útero, de tal modo que la misma mujer no pueda, segun las previsiones de la naturaleza, dar el ser á más de tres ó cuatro niños durante su vida, se seguirá de aquí que la poblacion, deducidos los que mueren sin casarse y durante el período de fecundidad, quedaria estacionada, y hasta podria retrogradar si se quiere. Tal es la opinion del doctor Loudon.

Aquí, pues, no hay prevencion, ni represion, ni obstáculo. El equilibrio resultá de la naturaleza de

las cosas, sin inconveniente alguno para las costumbres y para la economía de la sociedad.

Desgraciadamente esta teoría, tan racional en su principio, tiene el defecto irreparable de ser exclusivamente fisiológica y estar completamente fuera de la economía social. De ahí, sin tener en cuenta las observaciones que podrian hacerle al doctor Loudon sus colegas en medicina, y que no son de nuestra competencia; de ahí, repito, los vicios que hacemos resaltar en su sistema.

En primer lugar presenta un carácter pronunciado de inmovilismo y de arbitrariedad, supuesto que si la ley de la lactancia se hubiese observado siempre, no se comprende de qué modo, segun las conclusiones del autor, habria podido desarrollarse la humanidad. Pero si no era posible que hubiese progreso para la poblacion, tampoco podria haberlo para la produccion; y hé ahí la industria, la ciencia, el arte, las costumbres y la humanidad estacionadas. La humanidad detenida en su carrera, ya no es el sér progresivo y providencial, es una bestia. Estableced la práctica del doctor Loudon en cualquiera época de la humanidad que querais; en virtud de la lactancia trienal, la civilizacion se detiene al instante y los hombres se convierten en mojonos. ¿Se dirá que es fácil remediar esto casándose ántes y reduciendo la lactancia á diez y ocho meses? Respondo que esto es burlarse. El progreso social no puede entregarse de ese modo á la arbitrariedad del hombre: nuestra libertad debe encerrarse en los límites de la fatalidad que nuestra naturaleza debe desarrollar, no sobrepajar ni rehacer. Por lo demás, si los tres años de lactancia son indispensables al niño, no podeis reducirlos sin perjudicarle; si por el contrario, los tres años no son indispensables, ¿á qué se reduce la teoría?